

# Un amor implacable

Elizabeth Sea



# Capítulo 1

Estaba cerca, podía sentirlo.

El picor en la nuca, el nudo en la garganta, el aire parecía más denso, como si todas las velas que había en el gigantesco salón hubieran consumido todo el oxígeno, dejando un vacío que necesitaba ser llenado. Todo eso hacía que Elieanora Santini estuviese en alerta. Esas sensaciones la invadían sólo cuando él estaba cerca.

Y justo entonces se abrieron las puertas de roble de la entrada e incluso el aire de sus pulmones se esfumó. Keyllan McCarthy, el hombre que juró no volver a ver jamás estaba por fin en Zafiro. Iba vestido completamente de negro, ocupaba la entrada por completo. Sus ojos escudriñaban con la intensidad de un depredador todo lo que le rodeaba. La adrenalina estalló dentro de ella, dejándola paralizada en la silla y amenazando con liberar los recuerdos que llevaban nueve años enterrados en lo más profundo de su memoria. Al parecer no era un lugar tan profundo como ella creía.

Una marea de recuerdos no deseados no podía compararse con tenerle delante en carne y hueso. El Keyllan de sus recuerdos no se parecía en nada a aquel hombre, que más bien parecía un guerrero, alguien frío, distante y calculador. ¿Siempre había sido tan alto, tan fuerte?, ¿siempre tuvo aquel aspecto?

Elieanora tragó saliva. ¿Por qué tenía que tener tan buen aspecto?, no quería que lo tuviera. Lo mejor que podía hacer era irse en ese mismo instante, aprovechando el jaleo que provocaban los invitados. No quería bajo ningún concepto enfrentarse a él y revivir su último encuentro.

Su hermano Elijah lo vio y lo llamó a gritos y Elieanora supo que ya era demasiado tarde para salir corriendo sin levantar sospechas. Keyllan lo vio y con una sonrisa se acercó a él. En ese justo instante unos ojos azules se posaron en ella y cualquier atisbo de sonrisa desapareció. No la miró más de un segundo, fue como si el mero hecho de haberla mirado hubiera sido un error.

En cuanto quedó liberada de esa gélida mirada, Eli sintió como si la hubiesen abofeteado. Sabía que Keyllan no olvidaba con facilidad, igual

que ella, pero no pensaba que aún le guardara tanto rencor, no tenía derecho, la única que debía estar resentida era ella. Lo bueno de todo aquello era que en cuanto la fiesta que había organizado su hermano acabara, no volverían a verse jamás y ambos serían más felices.

\*\*\*

Ella estaba allí, tal y como se lo esperaba. Keyllan abrió y cerró los puños al ritmo de los latidos de su corazón, su visión se tiñó de rojo sangre. Encontrarse cara a cara con la mujer que le destrozó años atrás sacaba al animal más primario y feroz que llevaba en su interior. Hasta aquel instante no se había percatado de hasta que punto llegaba su resentimiento. Era como si verla hubiese encendido la ira y toda la amargura abriera antiguas heridas.

No quería estar ahí, porque eso significaba volver a verla y verse arrojado de cabeza a aquellos días tormentosos.

Aspiró el aire con fuerza, percibiendo los olores de la comida, las especias y del deber. No tenía más remedio que quedarse allí, a lo largo de los años la vida le enseñó que no siempre se consigue lo que se quiere. Keyllan estaba en la fiesta por su amigo y esperaban de él que fuera el acompañante de su hermana durante la ceremonia y también su pareja en el primer baile dando así inicio a la celebración. Debía tomarla entre sus brazos y bailar con ella. No había manera de que nada ni nadie le preparara para aquello. Debería haber llevado con él a alguna mujer, al menos así alguien le distraería de su pesadilla personal.

- Keyllan- escuchó a Elijah saludarle a través del murmullo de los invitados.

Los dos hombres se abrazaron dándose palmadas en la espalda, demostrando el mutuo aprecio que había entre ellos. Ella los miró sin moverse, esperando el inevitable momento de tener que dirigirle la palabra fingiendo que lo ocurrido antaño nunca sucedió.

- Keyllan McCarthy es más guapo de lo que parece en las revistas- soltó Elvira, la esposa de Elijah.

“Más” pensó ella.

Aquel traicionero pensamiento la atravesó como una espada al rojo vivo, reconociendo por fin que no podía negar la verdad. Su hermano era muy guapo también y con el traje de gala de la familia todavía más. Pero Keyllan era distinto, su belleza era feroz. Estaba bendecido con los mejores genes que la madre naturaleza pudo entregar a un ser humano. Cabello oscuro y con un largo justo para destacar en alguien que pertenece al ejército, sus ojos eran del azul más profundo y puro que ella

jamás había visto, facciones cinceladas, la perfección. Podría encarnar a un adonis. A los veinticuatro años era guapísimo, a sus treinta y tres aquel hombre estaba en la mejor época de su vida.

-Sí, es agraciado- contestó agarrando la copa con más fuerza de la necesaria, aborreciendo su debilidad y en ese momento a la cuñada que tanto quería también.

Justo entonces cometió otro error, alzar la mirada. Bajo la luz tenue que bañaba el salón de eventos su pelo brillaba dando ganas de acariciarlo, enredar los dedos entre cada hebra y cada ángulo de su rostro hablaba de nobleza. No era de sangre real pero su porte y su actitud recordaban a un rey.

No era tan sorprendente que una vez hubiera creído que le amaba. Cualquier adolescente inocente, como ella lo fue, habría caído rendida sin remedio a los pies de ese hombre, ése que además era el mejor amigo de su hermano mayor. ¿Dónde diablos estaba su gemelo Marco, para sacarla del embrollo?

¿Qué adolescente no habría cometido el mismo error que ella? Elieanora suspiró con fuerza agarrando la copa hasta que sus nudillos de tornaron blancos. Gracias al cielo ya no era una chiquilla ingenua, ni se dejaba llevar por las hormonas. Toda esa situación acabaría en uno o dos días y ambos de marcharían de la isla dejándolo todo en un amargo reencuentro.

Deseaba desesperadamente que llegara ese momento.

- Ya entiendo por qué es tan popular entre las mujeres-continuó Elvira- Me sorprende que no tenga acompañante.

A Elieanora poco le importaba eso.

- Tal vez ella recapacitó- murmuro Eli entre dientes.

- Cielo, ¿no te cae bien?, pensé que era un amigo de la infancia.

- No es que no me caiga bien, tan solo es el mejor amigo de mi hermano mayor y yo siempre he sido la hermana pequeña.

Los dos hombres decidieron girarse en aquel instante. Elijah señaló hacia ellas y Elieanora sintió un golpe en el estómago que la hizo hundirse un poco más en la silla. Se dio cuenta de que apretaba con demasiada fuerza la copa y acabaría haciéndola añicos y decidió dejarla encima de la mesa, intentando dibujar en su rostro una sonrisa amable al ver que se

acercaban.

- ¿Recuerdas a mi preciosa esposa Elvira? y supongo que recordarás a mi hermanita- su hermano dejó caer aquella nube negra. Tenía su mirada clavada sin el menor atisbo de calidez.

Se dio cuenta de que sus buenos momentos habían quedado borrados mientras que los malos volvían con más fuerza.

- Keyllan- dijo porque sencillamente necesitaba romper aquel silencio- Cuánto tiempo...

Su mirada abrasadora la hizo ver que no había pasado el tiempo necesario.

- Princesa- dijo, y ella tragó saliva. Lo dijo más bien como un insulto, pero antes de que ella pudiera decirle que podía dirigirse a ella por su nombre, no por su título, Elijah le llamó, lo que hizo que Keyllan perdiera el contacto visual con ella.

Elijah y Elvira se alejaron para saludar a los demás invitados.

- Llegas tarde, debías haber llegado hace dos días. ¿Qué te retuvo?

Keyllan se encogió de hombros, restándole importancia. Eli pensó que no le respondería, pero por fin habló.

- Estuve fuera del país en una misión, de hecho, he de volver después del evento- dijo sin apartar los ojos de ella para que no le quedara duda alguna de que había esperado hasta el último momento para evitarla.

Aquello era un caos. Tenía jaqueca. Debería retirarse. Estuvo a punto de informar a su hermano de que iba a subir a su suite cuando la orquesta decidió tocar el vals que iniciaba el baile. Elijah sacó a bailar a su esposa. Todos miraban al heredero al trono y su resplandeciente consorte, así que ella retiró la silla suavemente y recogió su bolso.

- Estás... diferente- dijo una profunda voz a su lado. Eran palabras inocentes para cualquiera, pero para ella eran un dardo envenenado.

- ¿Te refieres a que no estoy suplicándote casi arrodillada?

La expresión de él se endureció y ella en un acto reflejo acabó mordiéndose el labio inferior deseando no haber dicho eso. Por la cara de Keyllan era lo último que ninguno de los dos necesitaba recordar esa noche.

¿Pero qué esperaba? Él no había sido muy amable desde que entró por la puerta.

-Lo que quería decir es que has crecido- gruño K.

- Han pasado nueve años, es normal que haya crecido. La gente cambia con el paso de los años Keyllan. Deberías intentarlo.

No tenía ningún sentido seguir allí , manteniendo una conversación absurda, así que hizo ademán de irse, pero un muro humano le bloqueó el paso.

-¿Dónde te crees que vas?

- Estoy agotada, me retiro.

- No puedes irte aún.

- Haré lo que me plazca. Así que apártate de mi camino.

- Es la fiesta de tu hermano y conoces los protocolos, sabes perfectamente que aún no puedes retirarte.

- Eres tú el que llega tarde, yo llevo en Zafiro una semana así que no me des lecciones de protocolo real.

Sus ojos transmitieron puro hielo.

- Eso es verdad, pero no puedes eludir tus responsabilidades por un berrinche. Tu hermano y los invitados esperan que nos unamos al vals- le ofreció el brazo muy a regañadientes- ¿Vamos?

Elieanora negó violentamente con la cabeza.

- Debes de haber enloquecido.

- Se supone que debemos unirnos a ellos.

- Lo siento, tengo jaqueca y estoy cansada. De verdad tengo que irme.

- Lo que tienes es miedo.

Ella se tensó ante la acusación ya que en el fondo sabía que era cierta.

- ¿Miedo a que empeores mi jaqueca? Es posible que eso ocurra, sí.

Keyllan apretó aún más los músculos de su mandíbula.

- Si yo tolero ese pequeño inconveniente, seguramente tú también podrás...Princesa.

Sus palabras resonaron en su cabeza, haciendo mella en las cicatrices, haciéndolas sangrar nuevamente.

- No creas que si no fuese estrictamente necesario te lo pediría, pero todos nos esperan Alteza, así que ¿vienes?, ¿o debo llevarte a rastras a la pista de baile?

Así que él tenía las mismas ganas de bailar que ella. Elieanora intentó averiguar por qué aquello no la satisfacía, pero no había tiempo para reflexiones de aquel tipo. Levantó la barbilla y pasó por delante de Keyllan, sin importarle lo más mínimo si él la seguía o no, pero deseaba que no la siguiera. ¿Dónde estaba Marco? De haber estado, ella podría haber bailado con él y no tener que soportar a Keyllan ni un segundo.

Pero la siguió, podía sentir su proximidad, sentir el calor que irradiaba. Apenas había puesto un pie en la pista de baile cuando Keyllan le tomó la mano y la hizo girar con tanta fuerza que acabó chocándose contra su pecho. Se quedó sin aliento, él la sujetó con mucha fuerza.

- Baila- ordenó al ver que ella no se movía

Elieanora no quería tenerlo tan cerca, no quería sentir la presión de sus muslos ni el calor de su pecho. No quería que esos dedos que la llevaron al paraíso años atrás la rozaran. Perdida en los recuerdos dio pasos torpes y vacilantes, hasta que al final consiguieron cierta armonía.

-Esto es gracioso-dijo sarcásticamente Eli sin poder soportar su tacto.

-Nadie dijo que iba a ser divertido.

Keyllan la hizo girar utilizando su tamaño para verla moverse del modo que él quería. Exasperada, aspiró con fuerza tratando de tranquilizarse y se arrepintió instantáneamente. Los pulmones se le llenaron con el aroma de aquel hombre. Giró la cabeza en busca de aire, pero perdió el ritmo. Keyllan la apretó aún más fuerte.

-¿Qué te crees que estás haciendo?, me haces daño- protestó ella.

-Intento que parezcamos una pareja, y no te estoy haciendo daño - aflojó un poco su agarre cuando se dio cuenta de que ella decía la verdad.

-No somos pareja.

-Bueno, pero podemos al menos movernos al unísono- gruño K- Tú tan solo sigue bailando.

Después de eso no volvió a decir nada más y Eli lo agradeció. Trato de concentrarse y cerró los ojos, pero fue un error. De algún modo sus cuerpos se habían sincronizado, y la forma en la que su cuerpo se moldeaba al suyo era embriagador. Dejaría de odiarlo por unos momentos, disfrutaría de esos instantes ya que en breve volverían a ser enemigos. Se le vino a la mente que si se sentía tan bien bailando con un hombre al que odiaba y la odiaba, debería ser maravilloso hacerlo si se amaban, como su hermano y su cuñada, que con solo verles bailando te hacían partícipe del amor que se profesaban. Elieanora apartó la cabeza de su hombro, la había apoyado de forma inconsciente, lo que necesitaba era distraerse, mantener una conversación.

-No te has casado.

-De momento no.

-No hace falta que estés a la defensiva todo el tiempo- contestó ella- ¿Qué debe tener una mujer para que sea la idónea?

-Tampoco veo ninguna alianza en tu dedo.

-He estado demasiado ocupada como para casarme, tengo otras prioridades, ¿sabes?

-¿Y acaso yo no?- escupió molesto.

-Tienes razón, me he excedido, ¿cómo están tu padre y tu hermano?

-¿No tenías jaqueca?- preguntó mientras le apretaba los dedos con los suyos.

-Ya que no ha evitado que bailáramos, ¿por qué iba a impedirme mantener una conversación cordial? En serio esperaba que te hubieras casado.

-Debería haberlo hecho- gruñó parándose en seco y mirando a su alrededor- Ya puedes retirarte, has cumplido con tus obligaciones de forma impecable.



## Capítulo 2

Mujeres, siempre con dolores de cabeza. Se aflojó la corbata mientras se quitaba los zapatos. Después se quitó los gemelos de diamantes dejándolos sobre la mesilla de noche. Debería haber llevado compañía, al menos alguien estaría con él ahora dándole un masaje, aliviándole el dolor de hombros, cuello... y lo que no es el cuello. Diablos, ¿por qué tenía ganas de sexo en ese momento? Era la peor maldita noche de su vida.

No, no era la peor. La peor noche de su vida fue la de hace nueve años. Esta noche era incómoda, molesta, pero no la peor. Se merecía una medalla por haberse enfrentado a Elieanora esa noche. Se quitó la camisa dejándola caer al suelo y se tumbó en la cama mirando fijamente el techo. Se había tomado como una ofensa su comentario de que había cambiado, pero no lo había sido. Su cambio era notorio, había crecido durante esos años, sus pechos eran más grandes y sus caderas más redondeadas. Keyllan cerró los ojos, pero la imagen de una Elieanora completamente desnuda, tumbada entre las sábanas seguía tan clara. Con sus rizos caoba cayendo sobre esos magníficos pechos, esos pechos coronados con unos pezones rosados y endurecidos. Pero sin embargo fue la expresión de sus ojos la que mejor se le quedó grabada en la cabeza. Le había mirado con ternura, con amor. Con temor, pero a la vez con valentía. Nadie le habían mirado así jamás y nadie le habla vuelto a mirar así desde entonces. Ella le amaba por aquel entonces y él aunque odiaba reconocerlo la deseaba y sentía por ella algo más que el cariño que debía sentir por la hermana pequeña de su amigo. Keyllan dio puñetazos a la almohada intentando acomodarla a su gusto. Sí, Elieanora había cambiado y a él debería darle igual su cambio y lo hermosa que estaba. Suspiró y puso los brazos detrás de la cabeza, insatisfecho. Ella le dijo que le consideraba un hombre de familia, puede que antaño lo hubiese sido, con ella, pero ya no. El matrimonio y los hijos no tenían cabida en su vida, los negocios y las guerras ocupaban todo su tiempo, eran su vida.

\*\*\*\*\*

Estaba desayunando cuando ella salió a la terraza. Eli vaciló antes de avanzar más. Necesitó un instante para poner en orden todos sus pensamientos. Keyllan estaba dándole la espalda, bebiendo café y leyendo el periódico. Le recordó a su padre y eso la hizo sonreír. Consideró seriamente el darse la vuelta y marcharse, podía ir a desayunar a cualquier otro lado del palacio. Pero justo cuando iba a dar media vuelta él se había girado. Supo inmediatamente que si se marchaba ahora él pensaría que estaba huyendo. Keyllan ya la había acusado la pasada noche de tener miedo, no le iba a dar la oportunidad de que volviera a pensarlo, aunque así fuera. ¿Por qué iba a acobardarse? No tenía nada de lo que avergonzarse. Sencillamente había cometido un error que la había avergonzado siendo una adolescente, lo había aceptado y había seguido con su vida. No iba a pasarse la vida pensando en aquello.

-Buongiorno \* -dijo decidida- hace un día maravilloso, ¿cierto?

A pesar de su bravuconería, no tenía el valor de mirarle a los ojos, pero la curiosidad la hizo alzar la vista. Debía haber imaginado que la estaría observando. Durante un segundo sus miradas se cruzaron y conectaron. Ella notó el cosquilleo en la piel y el calor en su bajo vientre como hace años.

- ¿Has dormido bien?- le preguntó. Sentía la necesidad de provocarlo, de perturbarlo como él hacía con ella.

Keyllan dobló su periódico, se reclinó en la silla y cruzó las manos detrás de la cabeza.

-He dormido estupendamente.

-Perfecto- dijo ella sonriendo excesivamente.

Elieanora se sirvió un café bien cargado, lo necesitaba, no había pegado ojo en toda la noche. Decidió desayunar una tostada y le añadió algunas cucharillas de miel.

- ¿No sería mejor que desayunaras algo un poco más decente?

- ¿Qué hay de indecente en las tostadas con miel?-ella se llevó la cucharilla a la boca, sabiendo que él estaría mirando. Abrió la boca y chupó la miel que quedaba en la cucharilla.

Desde luego que había algo obsceno en la boca de esa mujer. Estaba hecha para el pecado. Mientras la miraba una gotita de miel se escurrió de

forma estratégica por su labio. Keyllan tuvo que hacer un gran esfuerzo para quedarse sentado en aquella maldita silla y no ir a limpiársela él mismo. Seguir mirándola fijamente cuando la punta rosada de su lengua salió en busca de la maldita gota de miel.

Era como si le hubieran lamido a él. Sintió una descarga eléctrica que iba directa a su zona sur al recordar cuando en verdad esa lengua había ido en busca de la de él. En aquella época era tan dulce, tan pura, él fue su primer amante. Ella esa noche le había enloquecido con sus caricias, sus besos, lo hizo de una manera tan inocente que años después aún era capaz de recordarlo.

-Está muy rico, tal vez deberías dejarte llevar un poco por estas pequeñas indecencias de la vida de vez en cuando.

-Yo ya he pedido mi desayuno- gruñó

Keyllan se levantó y se acercó al extremo de la terraza. Necesitaba espacio mental y físico, esa mujer le descontrolaba como a un adolescente. Había una gigantesca piscina que llegaba al acantilado y se mezclaba en perfecta sintonía con el mar. A lo lejos se vislumbraban las otras dos islas, Rubí y Esmeralda, parecían muy pequeñas, pero él sabía que no lo eran. Una pertenecía a Eleanora y la otra a Marco, el gemelo díscolo de la mujer que conseguía revolucionar sus hormonas.

-Fue justo en este acantilado donde casi te ahogas.

Eli siguió la dirección de su mirada y se acercó a él.

-Sí, es verdaderamente sorprendente que lo recuerdes, han pasado muchísimos años desde aquel incidente.

- ¿Qué diablos tenías en la cabeza al ir a saltar desde ahí? , todos sabían que había tormenta en alta mar ese día- preguntó molesto.

-Era una niña, Keyllan, solo quería divertirme, rebelarme contra las normas.

Keyllan asintió levemente y volvió a centrar su mirada en el mar. Se quedó pensando en cómo algo tan hermoso a veces se podía convertir en un monstruo que arrasaba con todo. A él la vida le había enseñado que los monstruos y los peligros estaban rodeándonos a diario. Es este caso en concreto el peligro estaba justo a su lado, esa mujer era peor que una carga de explosivos.

“Solo un día más” se dijo a sí mismo apretando los puños con furia. Un

día más y estaría lejos de allí, lejos de los recuerdos, lejos de ella.

-Parece que te estás tomando muy en serio tus compromisos como princesa. ¿Eso quiere decir que te quedarás en tu isla después de todo esto?

-Lo dices como si ser princesa fuera una simple elección y no una obligación de nacimiento.

- ¿Acaso tienes algo más importante que hacer?

Ella le echó una mirada helada, pero justo cuando iba a replicar apareció su secretaria.

-Alteza, la ha llamado el señor Konstantinidis y ha pedido que le devolviera la llamada lo antes posible.

-Grazie \*, Amelia. Puede retirarse.

-Discúlpame, Keyllan, pero debo hacer esta llamada- dijo seria.

-Tranquila, debes cumplir con tus obligaciones.

Elieanora buscó su teléfono móvil y llamó a su amigo.

-Ciao\*, Cicero, perdona por no haber telefoneado antes, pero esto ha sido una locura desde que aterricé en la isla. ¿Ocurre algo? - preguntó preocupada.

-Kalimera\*, querida. No ocurre nada grave, tan solo llamaba para decirte que hemos recibido los archivos con la contabilidad de Kosmos SL. Tenías razón, están en problemas muy graves, Julius ha estado robando a la empresa, hay un montón de transferencias que no se pueden justificar a cuentas fantasmas. La conseguiremos, esa empresa será tuya antes de cuarenta y ocho horas.

-Lo sabía, ya te dije que Julius no era trigo limpio. Oddio\*, debemos celebrarlo, me has alegrado la mañana. Volveré mañana o a muy tardar pasado. ¿Qué te parece si quedamos para cenar y lo dejamos todo cerrado?, además, echo de menos ser yo misma, tanto protocolo en ocasiones me abrumba.

-Será un placer acompañarte. No todos los días cena uno con una princesa de verdad. - Eli estalla en carcajadas.

-Eres imposible. Te veo pronto. Un beso.

-Te veo pronto, cuídate.

Keyllan la había observado mientras hablaba con ese hombre, ese tal Cicero. ¿quién diablos era aquel tipo? K se centró en aquel dato, luego investigaría al señor Konstantinidis. No se había planteado que tuviera pareja, dado los comentarios de la noche anterior cuando le dijo que estaba muy ocupada como para casarse. Estaba claro que no estaba tan ocupada. Pero al fin y al cabo eso no debe sorprenderle, los hombres seguramente caían rendidos ante sus encantos, ¿cuántos amantes habría tenido desde que estuvo en su cama?

-Y ¿dónde está ese tal Cicero?, ¿por qué no te ha acompañado?

La expresión del rostro de Elieanora le hizo darse cuenta de lo inquisitivo que estaba siendo.

-En estos momentos debe de estar en su despacho, y ¿por qué habría de acompañarme?

-No lo sé, parecías muy cariñosa con él. Así que me he preguntado por qué no has traído a tu amante contigo, ¿o es que no quieres que tu familia sepa como eres en realidad?

Él sabía que estaba siendo completamente irracional, que estaba especulando, pero no podía evitarlo. Pensar en ella besando y haciendo el amor con otro hombre había despertado al animal primitivo que llevaba dentro.

Elieanora levantó la barbilla orgullosa y le miró de arriba abajo. En el fondo la había herido con esos comentarios tan despectivos, pero no se lo iba a demostrar.

-Si soy o dejo de ser cariñosa con él o con cualquier otro no es de tu incumbencia, y mucho menos es asunto tuyo a quién meto en mi cama y en mi vida privada. - dicho eso dio la vuelta y se fue muy orgullosa de sí misma y de su entereza.

Keyllan se quedó boquiabierto con la contestación de ella, y no había muchas cosas que le pillaran por sorpresa, pero Eli parecía que siempre conseguía hacerlo. Se tuvo que recordar a sí mismo que estaba en esa terraza para saciar su hambre física, pero su hambre tenía que ver con ella. Esa mujer le volvía loco a niveles insospechados, su libido no le daba tregua y debía hacer algo al respecto. Salió de la terraza planeando su siguiente movimiento.



## Capítulo 3

La música inundaba la catedral donde estaban reunidos para la ceremonia. Había cámaras que retransmitían la coronación de Elijah para el pueblo. El futuro monarca de Zafiro estaba de pie junto a él y Keyllan estaba seguro de que su amigo cumpliría con su deber y haría que su pueblo prosperara aún más y se sintieran orgullosos de él. Estar en una iglesia le hacía pensar en boda, ¿alguna vez llegaría a casarse? Lo dudaba. Lo más cerca que estuvo de ello fue hace nueve años y era un matrimonio por conveniencia, una mejora en sus negocios, nada de amor. Pero, aunque esa boda no llegó a celebrarse, ni siquiera a prepararse, el seguir pensando que un matrimonio con base en intereses económicos sería lo que escogería ahora. Todo lo carente de emoción era lo que funcionaría como un reloj suizo. Estar detrás de las faldas de alguien rogando amor y perdón no era algo con lo que se sintiera cómodo.

La música cambió y las mujeres de la familia entraron a ocupar sus lugares. Keyllan se giró y sintió un nudo oprimiéndole el pecho.

-Preciosa, absolutamente preciosa-se escuchó decir a sí mismo.

La imagen de Elieanora retuvo su mirada y su corazón, iba unos pasos por delante de Elvira, la futura reina consorte, su pesadilla llevaba un vestido en tonos azules que ondeaba con cada uno de sus movimientos convirtiéndola en una obra de arte, o una diosa, de la destrucción y la seducción. ¿Cuándo la adolescente dulce y bella se había convertido en esa sirena, tan cautivadora? Era una seductora y una descarada, le había provocado esa misma mañana con su boca, con sus palabras y con esa rosada y cálida lengua. Y ahora se dirigía a él con los labios pintados de un color cereza que invitaba a mordisquearlos, con esa mirada gris tan intensa y ese cuerpo nacido hecho para el sexo. Un sexo que una vez le puso en bandeja y él no dudó demasiado en disfrutar. Toda lógica le abandonó en aquel mismo instante ¿por qué la seguía deseando tanto? ¿Acaso había enloquecido? Tenía que ser eso para arder así por ella tantos años después.

Elieanora se acercó mirando a todas partes y a todos menos a él, hasta que por fin tuvieron contacto visual y mantuvo su mirada sin pestañear, sin dudar. Observó la tormenta que nacía en esos pozos azules, pero justo entonces él apartó su mirada. Sus ojos se posaron en su hermano mayor y le sonrió con tanto amor y devoción que una punzada de algo parecido a los celos le atravesó como un rayo. Una reacción así no tenía sentido alguno. Elijah era su familia, su sangre, ¿por qué no iba a sonreírle así? La princesa Elieanora ocupó su lugar, junto a su gemelo Marco, el cual tenía pinta de haber pasado una noche de lo más loca. Keyllan aprovechó eso para serenarse un poco. No debería tener ese efecto sobre él, pero lo tenía, su pulso acelerado y su erección eran prueba de ello. Cuando

Keyllan la volvió a mirar solo tuvo una cosa clara. Quería esa sonrisa para él, esa sonrisa de infinita adoración que le dedicaba a Marco.

La quería a ella.

Nueve años atrás consiguió estar en el paraíso entre los brazos de aquella mujer, lo podía haber tenido todo, pero lo rechazó por las circunstancias, pero sin embargo había pagado un precio muy alto por sus decisiones y lo llevaba pagando desde entonces. Su orgullo y honor quedaron por los suelos, la boda quedó cancelada y había perdido a Eli, ella no le escuchó, no le permitió explicarle lo sucedido y se alejó para siempre de él y años después le seguía escociendo el alma el comportamiento de su princesa.

Aquella noche tenía la oportunidad de cobrarse lo que consideraba que le pertenecía. Iban a quedar empatados, aunque ella perteneciera a otro hombre. La deseaba más que a nada en el mundo, tenía que quitársela de la cabeza, expulsarla de sus venas como una droga, eliminarla de su piel y la única solución era tenerla por última vez en su cama, una noche de pasión más, la última y esa historia quedaría en el pasado para siempre. Ella accedería, le deseaba igual que él a ella, ese fuego les abrasaba a ambos por igual, estaba seguro. Debía encontrar la manera de convencer a su princesa porque lo que tenía aún más claro que la pasión que les invadía era que la tozudez de esa mujer era de tamaño estratosférico.

\*\*\*\*

La ceremonia fue larguísima, el banquete muy suntuoso, estaba agotada de tanto sonreír y para colmo daba igual en que extremo del sala se colocara porque Keyllan siempre conseguía ocupar su campo de visión. Había sido así desde que había llegado a la iglesia, intentó mantener su mirada fija en Elijah o distraerse hablando con Marco, que por fin decidió aparecer, pero una fuerza que superaba su voluntad la había instado a mirarlo y lo que vio la dejó bloqueada.

Seguía furioso, lo podía notar en su postura, pero sus ojos delataban un hambre que la asustaba, una pasión que la dejaba temblando. Se dijo a sí misma que tan solo quedaban unas horas y todo acabaría. Su cuerpo estaba en llamas y su mente estaba empezando a evocar imágenes de su cuerpo entrelazado al de aquel hombre y eso la desquiciaba. Le quedaba el consuelo de que a muy tardar en veinticuatro horas dejaría Zafiro y volvería a su vida. Echaría de menos a su hermano mayor y a su cuñada, se veían muy poco en los últimos tiempos y ahora que Elijah había sido coronado se veían menos, su hermano tenía meses de arduo trabajo para poner todo al día. Sus hermanos, su familia eran muy importantes para ella, desde el asesinato de su madre, habían sido un apoyo constante el uno para el otro, habían superado el dolor llorando juntos y habían salido victoriosos de cada batalla por su unión. Cada día que pasaba estaba más centrada en los negocios, tanto que empezó a darse cuenta de que se

estaba alejando de ellos, tomó en ese mismo instante la decisión de que, en cuanto terminara de cerrar las nuevas absorciones, iba a delegar un poco y volvería a la isla con los suyos una temporada, podía trabajar perfectamente desde allí, volaría solo para reuniones importantes y aprendería a relajarse y delegar en su gente de máxima confianza. Ya era hora de volver a casa, era hora de dejar de huir y afrontar el pasado aunque reabriera las heridas mas profundas de su alma.